

Lunes, 29 de septiembre de 2025 | 12:37

Cóndores: la ética que Chile necesita

Algunas lecciones se pueden aprender del rugby: quizás el mejor plan de compliance sea que, cada vez que enfrentemos una decisión difícil, nos preguntemos si la haríamos bajo la mirada del referee, nuestros compañeros de equipo y, sobre todo, de una hinchada.



Eduardo Sboccia

Abogado y asesor de empresas

El sábado pasado, en un día histórico, la selección chilena de rugby — nuestros queridos Cóndores— ha vuelto a hacer historia clasificando por segunda vez a un Mundial, esta vez rumbo a Australia 2027. Un logro deportivo enorme, pero también una oportunidad de mirar más allá de la cancha y aprender de un deporte que, en silencio y sin discursos grandilocuentes, enseña lecciones profundas sobre ética, integridad y cultura organizacional.

El rugby no es solo un juego de quince contra quince. Es, sobre todo, una disciplina que se sostiene sobre valores claros y no negociables. Uno de ellos es el respeto absoluto por la institucionalidad. En el rugby, la palabra del referee es ley. Nadie la discute, nadie gesticula, nadie arma un show televisivo. Solo el capitán tiene derecho a hablar con el árbitro, y luego él traduce ese mensaje a su equipo. Si lo pensamos bien, ¡qué ejemplo para nuestra sociedad!, donde la institucionalidad y la figura de autoridad han sido permanentemente atacadas, cuestionadas, debilitadas o derechamente ignoradas.

Otro valor fascinante del rugby es la inclusión real. En este deporte caben todos: altos, bajos, gordos, flacos, veloces o pesados. Cada tipo de cuerpo tiene un lugar y una función clave. Así como en una empresa, donde la diversidad no es solo un discurso, sino una ventaja competitiva, el rugby nos recuerda que los equipos se fortalecen cuando las diferencias se convierten en roles complementarios que se potencian, y no en barreras.

Y hay mucho más: en el rugby los rivales no son enemigos irreconciliables. Lo que pasa en la cancha, queda en la cancha, pero con honor y respeto. Al equipo perdedor se le hace un pasillo de aplausos y saludos. Fue hermoso ver al estadio Sausalito repleto de familias, lleno de niños, aplaudiendo a los Samoanos cuando abandonaban la cancha en el medio de un pasillo de cadetes de la Escuela Naval. Que

tremendo ejemplo para nuestros días electorales actuales donde pareciera que todo vale para sacar una ventaja.

Además, en el rugby no se simula. Nadie se tira al suelo fingiendo una falta. Nadie hace tiempo. Nadie busca engañar para ganar. Precisamente porque el honor del juego está por encima de cualquier resultado. En un mundo empresarial donde a veces abundan los extensos manuales de ética, protocolos y discursos sobre integridad, en el medio de colusiones, fraudes y hasta apropiaciones de sueldos desorbitados, a veces olvidamos que la verdadera ética no necesita tantas páginas: basta con una cultura que valore el juego limpio de verdad.

Los Cóndores vuelven a darnos una alegría enorme. Pero también nos regalan un espejo donde mirarnos como país y como organizaciones. ¿Qué pasaría si nuestras empresas aplicaran el mismo rigor y sencillez que el rugby tiene para fijar sus reglas? Menos manuales, menos burocracia, más entrenamiento, convicción y coherencia.

Quizás el mejor plan de compliance sea este: que cada vez que enfrentemos una decisión difícil, nos preguntemos si la haríamos bajo la mirada del referee, de nuestros compañeros de equipo y, sobre todo, de una hinchada repleta de familiares y niños. Si la respuesta es sí, vamos por buen camino. Si la respuesta es no, mejor ajustar el juego.

Porque al final, como en el rugby, no importa solo el resultado, sino la forma en que se juega: con respeto, integridad y orgullo colectivo.